



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

DRA. FANY IMLE

Nacida en Paderborn. Publicó numerosos trabajos relativos a la cultura del espíritu, entre otros "El socorro de los obreros sin trabajo en los sindicatos alemanes", "Francisco, un santo artista de la vida", "Reflexiones sobre Dios trino y uno", "Espíritu y Dios". Tradujo además, en colaboración con el P. Dr. Julián Kaup O. F. M. el "Breviloquium" de S. Buénaventura.

Recibí como herencia paterna un amor a la verdad marcadamente orientado hacia lo abstracto y un interés, ardiente ya desde mi infancia, por las regiones suprasensibles del humano saber. Este me fué poco a poco guiando desde mis primeras letras, apartándome de las materias concretas e inclinándome hacia las abstractas. Fué desarrollando este interés en la casa paterna por medio de literatura filosófica y, transitoriamente, vino a darle la mano en mi propia ciudad natal la instrucción religiosa protestante, a gran altura entonces en su parte teórica. Sin embargo ni mi familia era protestante ortodoxa ni yo por mi parte sentía el mayor atractivo hacia dicha confesión. Aun así me resultaba muy apreciable aquella instrucción religiosa, como exposición que era de una filosofía muy digna de consideración. Cuanto a mi reacción personal debo notar que, mientras por una parte me era fácil engolfarme durante horas seguidas en la consideración de los atributos de Dios, de los misterios de la Trinidad y de la gracia, por otra la aplicación moralizadora de las verdades dogmáticas y, sobre todo, la consiguiente piedad evangélica del sentimiento, me resultaban un verdadero fastidio. Llegó éste a su colmo en un pensionado de hermanos moravos, al que mis padres encomendaron mi educación, siguiendo una antigua tradición de familia.

Por lo demás, en dicho establecimiento caí por primera vez con dolor en la cuenta del separatismo doctrinal protestántico. Por esta constatación, cuando llegó el tiempo de prepararme para la confirmación y primera santa Cena, caí en una angustiosa perplejidad espiritual; se nos había puesto al corriente de todas las interpretaciones heréticas particulares y de las muchas opiniones de los protestantes sobre el

Sacramento del altar; no se nos había dicho una sola palabra sobre cómo en concreto le debíamos nosotros entender. Con ello vino a ahogarse mi infantil anhelo, algún tiempo ardoroso, de unirme con Dios, en un precoz criticismo. Casi con repugnancia me dejé conducir a la Mesa del Señor la primera y última vez en mí, al exterior, protestante juventud. Me esforcé por ver en todo ello ni más ni menos que una pesada ceremonia de rigor al dar el paso de la niñez a la juventud; pero inmediatamente después de la confirmación se me hizo evidente que la primera de mis incumbencias personales consistía en formarme un concepto propio del mundo, concepto que entonces yo me imaginaba muy lejos de todo cristianismo y al que, explícitamente al menos, ni siquiera pertenecía la fe en un Dios.

A diferencia de mis condiscípulas, yo sabía algo sobre el Catolicismo. En mi trato con sacerdotes católicos había conocido su doctrina y forma de vida por el lado más favorable, y aún, por corto tiempo, le admiré con infantil entusiasmo. Frecuentemente me había deslizado entre los católicos a oír su instrucción religiosa en una escuela de aldea. Por cuanto de mis impresiones recuerdo, me pareció que aquella doctrina era coherente y universal; pero ni siquiera se me ocurrió considerarla como concepción del mundo valedera para un espíritu joven y limpio de prejuicios. Las bellezas más externas de la Liturgia, que por lo común tan atrayente impresión ejercen sobre los no católicos, se gravaron también con colores muy vivos en mi infantil memoria; con todo, aborrecía ya por entonces el esteticismo ayuno de ideas, y nunca ni por nada hubiera llamado a consejo el gusto, atado a los sentidos y esclavo del sentimiento, al tratar de elegir mi religión o filosofía del universo.

De esta manera pues me arrojé al escenario de la vida, con una sed abrasadora de saber, con una sincera voluntad de hacer algo grande; pero también en completa oscuridad religiosa y con una moral inconsistente. Esta se reducía al principio fundamental de practicar en todo momento fiel y abnegadamente aquello que me pareciese verdadero y bueno; de no sacrificar jamás por consiguiente lo elevado a lo rastroso ni lo noble a lo vulgar. Me reducía pues a aquel idealismo de la mejor juventud de otros tiempos, capaz, sí de educar; pero a la vez tan escurridizo.

Como materia de mi estudio sólo podía pensarse en la Filosofía, tanto más cuanto que yo notaba en mí una gran repugnancia por la actividad docente y, por otra parte, no tenía necesidad de acogerme a una profesión lucrativa.

Debía por lo tanto continuar mi formación en conformidad con mis aptitudes e inclinaciones, y después a lo sumo hacer extensivo a otros el provecho de mis conocimientos como profesora privada en círculos reducidos. Los conocimientos históricos dada mi tendencia mental más bien especulativa, no carecían enteramente de interés, pero tampoco le alcanzaban sino secundario. Orientóse pues toda mi esperanza de verdad hacia la sabiduría de los grandes pensadores pasados y contemporáneos, lo que me deparó el primer amargo desengaño de mi juventud. Cabalmente entonces se abría paso por las aulas una tendencia casi puerilmente empírica; comenzaba el corto periodo de florecimiento de la psicología experimental y de desprecio de toda especulación que se levantase un palmo sobre la materia. Todo cuanto sobrepasaba el estrecho marco de la experimentación material y biológica, para lanzarse a los espacios de más nobles pensamientos, y buscar lo Absoluto tras lo perecedero y mudable, fué arrinconado como traje pasado de moda.

Yo no quise cambiar mi plan conformándole a las exigencias de la nueva moda. Con sostenido empuje me dediqué a la sociología, economía nacional y filosofía del derecho. Estas especialidades me tendieron el puente hacia la vida práctica y me abrieron el camino hacia el pueblo trabajador. La gran miseria, y más aún la posición abatida, y sobre todo las impetuosas ansias formativas del alto obrerismo me subyugaron y me arrastraron a las manifestaciones estudiantiles de signo social revolucionario; tan frecuentes entonces en dicha clase. Posible que yo tomase aquel juego más en serio que muchos de mis conmitones; desde luego yo buscaba en él un sustituto de la Religión, sin lograr, claro está, ver en él satisfechas en alguna manera mis íntimas ansias de verdad. El superficial y eufórico panteísmo, al que nuestros círculos favorecían, obró sobre mí estimulándome como un hermoso canto o una buena poesía; yo le apreciaba como concepción del mundo apta para el uso doméstico de una juventud satisfecha de la vida y astiada de teorías; pero filosóficamente le

encontraba demasiado vacío. Pero entonces vine a pensar que la más solemne verdad estaba siendo la infelicidad del amor de mi vida, el cual necesita a sus tiempos saltar al exterior para alegrarse a sí mismo y a los demás, para mostrarse efectivo y derramar en torno la felicidad.

El estudio profundo del Marxismo aquietó transitoriamente mi necesidad de pensar en abstracto y con rigor lógico. Pero el materialismo histórico que constituye el cimiento de dicho sistema, si bien me parecía explicable y aun acusable como reacción contra el desconocimiento presuntuoso de las realidades y tendencias económico-sociales; pero siempre me aterró como la más miserable y miope de todas las filosofías. ¿Qué profundamente decaído tenía que hallarse el pueblo, qué gravemente debía haber delinquido contra él la clase dominadora, para que tales monstruosidades del pensar humano pudieran llegar a suplantarlo su religión!

¿Qué gustosamente hubiera dado yo a este pueblo una religión mejor consagrándome a su apostolado, de no haberme encontrado yo misma en este punto en la miseria! ¿De qué me servía, en mi trato con hombres en lucha, todo mi bagaje estudiantil de retazos filosóficos carentes de sistematización, desprovistos de los primeros cimientos, incapaces de soportar la culminación del edificio, indignos consiguientemente de todo crédito?

Cada día que pasaba, con cada experiencia práctica de mi insuficiencia propia y ajena, se me hacía más claro que, si se requiere llegar a una explicación satisfactoria del universo y a una perfecta norma moral de vida, es preciso que la fe venga en socorro de la ciencia. Reconocía esta verdad con dolorosa evidencia cuando vidas deshechas por el personal desvarío de los pacientes, me sacaban de la esfera del idealismo escolar, presentándome su reverso: la vida real. Entonces contemplaba la vida en su aspecto de todos los días, duro, desalmado. Aun el alma del pueblo, hasta entonces juvenilmente idealizada en mi mente, en aquellos momentos se me aparecía en desventajosa proximidad desde la que, perdida la perspectiva, es difícil apreciar exactamente la magnitud de las cosas, y facilísimo notar y exagerar los menores defectos. Esta alma popular era tan miserable como la mía. A entrambos nos faltaba el sentido y el blanco de nuestra existencia, un lugar de refugio para el espíritu más allá de lo perecedero y... la Fe. Pero ¿qué hablamos de creer ni a quién?

Aquí me aguardaba mi segunda, amarga desilusión. Después de cumplidos los veinte años, entre mis ocupaciones sociales prácticas y mis lecturas sobre economía nacional, me volví a ocupar con redoblado ahínco en estudios puramente filosóficos. Hacia estos estudios me impulsaba ahora no solamente el interés puramente intelectual del investigador, sino también la perplejidad religioso-moral del que necesita resolver para sí y para su pueblo los enigmas de la vida, descubrir ideales y poner en juego nuevos resortes morales. Mis investigaciones sociológicas me fueron relacionando por este tiempo con círculos de obreros cristianos, especialmente católicos. No puedo afirmar que éstos me impusieran más, por su mentalidad y acción, que los incrédulos; al contrario, aquí me topé con mayor falta de conocimientos positivos que allí, y aun en ocasiones con más notable penuria mental e inseguridad de espíritu. Lo que yo envidiaba en aquellas sencillas y honradas gentes era su unión espiritual y conformidad moral, que me orientaban hacia la autoridad de su Iglesia, dignísima en todo caso; ya que, según mi sentir de entonces, no fundada sobrenaturalmente. Pero antes de que yo pudiera sentirme inclinada a someter también mi espíritu crítico a aquella autoridad, que pretendía haber sido dotada con un tesoro de verdades sobrenaturales, y ser preservada de todo error por el Espíritu de Dios; era preciso estudiar el contenido de sus dogmas con aquella objetividad e independencia de todo prejuicio con que había sometido a examen las ideas de no pocos filósofos.

Diffícilmente emprendió jamás investigador alguno el estudio de la verdad revelada, tal como se refleja en el dogma católico, más desapasionada y friamente que yo. Más aún, debo constatar que aun en los momentos en que el contenido de la revelación, por su sublimidad espiritual, su cohesión y su rigor lógico me avasallaba, siempre, durante largo tiempo, me quedó cierto residuo como de repulsión personal contra el catolicismo y señaladamente contra la piedad católica. Repugnancia

que tenía tanto menor derecho a retardar mi acercamiento a la Iglesia, cuanto que, por otra parte, simpatías meramente sentimentales jamás me hubieran logrado conducir a ella.

Convertirse al Catolicismo significa algo más que un mero asentimiento y conformidad con sus enseñanzas, supone algo que está sobre todos los factores puramente intelectuales, exige, en fin, algo más de lo que la criatura de su parte puede aportar. Para ello se necesita el don inmerecido de la divina gracia que nos salga al encuentro. Cada vez veía más claro que el cristianismo católico representa una explicación sistemática del universo, inigualable, más aún, fuera del alcance de la razón humana; tiende un puente admirable entre aquellas aparentes contradicciones que la razón, abandonada a sus propios recursos, jamás hubiera logrado hermanar; nos ofrece una ennoblecedora orientación hacia la altura y un misterioso acercamiento a Dios en su doctrina y sacramentos. En este encuadramiento grandioso, bajo el altísimo bovedamen de la Dogmática, se me reveló la Eucaristía de manera completamente nueva, y he de confesar que frecuentemente sentía hambre de este Sacramento. También ví claro que de suyo, incorporados al Cuerpo místico de Jesucristo, hemos de pensar y vivir a lo divino, por lo tanto debemos empeñar todo nuestro esfuerzo en procurar también el progreso social en todas sus manifestaciones. Por esta razón declaré, cuando me separaban ya sólo algunos pasos de la conversión que solamente el cristianismo ofrece, en las macizas fórmulas de su Dogmática, las orientaciones reveladas y los resortes de la gracia para un desenvolvimiento social de amplios vuelos.

Pero ¿me era lícito sustraerme a mí personalmente a aquel influjo espiritual y eficacia sacramental de la Iglesia, mientras me empeaba en hacerla extensiva a los demás y al pueblo todo, por reconocerla como la única legítima y verdaderamente ennoblecedora? ¿Podía yo (tal fué transitoriamente mi inclinación) apropiarme el Catolicismo como filosofía personal, permaneciendo alejada de la Iglesia como sociedad? Poco a poco se me fué haciendo inevitable mi agregación a la Iglesia, consecuencia práctica de la verdad teóricamente reconocida. No comprendía entonces que esta transformación era fruto de la gracia que me urgía; me parecía sencillamente resultado natural de la rectitud espiritual y de la propia abnegación.

No quiso el Señor facilitarme este difícil paso, mimándome con dulces sentimientos. Con todo, éste era precisamente el trato que mejor me cuadraba. Su sabiduría supo atraerme tal como su omnipotencia me había creado. Hubieron de pasar años para que yo, que había llegado relativamente pronto a la certidumbre en el reconocimiento de lo sobrenatural, me sintiese también íntimamente contenta de mi fe y como de casa en la gran familia católica. Precisamente por haberme atendido constantemente más bien a la doctrina dogmática que a la piedad popular, a penas si encontré jamás tropiezo alguno en mi vida de fe, a diferencia de lo sucedido a tantos otros académicos convertidos. Cuando mi profesión pública de Catolicismo y mi incorporación a su organismo sobrenatural se me presentó como un deber de mi veracidad, no imaginaba yo aún qué tesoros imaginables de energía espiritual, de mejoramiento científico y de ilustración divina me tenía el Señor guardados en él. Puedo pues sumarme al número de aquellos cuyas esperanzas han sido en casos análogos increíblemente rebasadas, también en el terreno científico coroligioso y dogmático.

(Traducción de V. Cantera S. J.)

